

MALAS DECISIONES

Edith Gómez Rosas

*Dedico estas letras a mis queridos padres, hermanos y a ustedes,
David Rey y Maritza*

Este bloqueo mental de emociones tristes se inicia cuando me llevan a lo inesperado, a lo jamás imaginado y a una pregunta que me hacía en ese momento: ¿qué sucede? Desde entonces me cortaron las alas.

¡Oh! Llegó la noche, gracias por un día más de vida y uno menos en este lugar, en el cual reflexiono sobre mis aconteceres. Me acompañan mis amigos: Dios, Jesús y mi árbol, los que me escuchan y consuelan; con ellos vienen los recuerdos inmensos de mi vida.

El 4 de septiembre de 2007, como a las dos de la tarde, llegaron unas personas a buscarme. Salió mi mamá y les preguntó qué deseaban. “Queremos hablar con la señora Edith Gómez Rosas por lo del dinero que se perdió en la gasolinera.” Logré escuchar algo y salí a aclarar lo que decían ellos. Les contesté pensando que el problema ya estaba arreglado; el licenciado nunca me dijo que seguía. No me mostraron una orden de detención. Les dije: “En la tarde voy a ver al licenciado para preguntarle si él recibió notificaciones, pues nunca me volvió a llamar, y eso que me sacó veintinueve mil pesos, pues lo que promovió fue el despido injustificado y lo ganó”.

Entreabrí la puerta, saqué medio cuerpo, y dos personas me jalaron y bajaron a la banquetta. Con caras burlonas me dijeron: “Órale, pinche ratera”. Me asusté y tan sólo pregunté: “¿Por qué? ¿Qué pasa si yo no me robé el dinero?” Siguieron riéndose. Empecé a gritar. Mi mamá se asustó, salieron mis sobrinos y mi hija, pues continuaban jaloneándome, como si de verdad fuera la peor de las delincuentes.

“Te vamos a llevar a la PGR, por Plaza Dorada”, gritaron. Mi madre intervino: “Déjenla”, y uno de ellos la empujó contra el zaguán. Mi sobrino Richard corrió a llamar a mi hijo David, que llegó a dormir porque se paraba muy temprano para ir a la escuela. Corrió adormilado y espantado, vio lo sucedido y me acompañó en el carro que llevaban los judiciales. Los dos llorábamos y estos infames se burlaban y se hablaban en clave. Yo temblaba, David me consoló: “Mami, tranquila”.

Llegamos a la PGR y dicen: “Su hijo no puede pasar, que se espere, ahorita saldrá usted”. “Aquí te espero, mami”, me dijo muy nervioso. Entré a esas oficinas frías y sólo había hombres, luego se les veía el tipo de personas que eran. “Puros judiciales, pues cargan armas”, pensé.

Me dijeron siéntate ahí, en un rincón con una silla sucia y vieja. Observé que era el lugar donde se haría el cambio de turno, pues llegaban los hombres, entregaban una placa y pistola, firmaban y se retiraban. Todos burlones, y yo temblando, llorando. El tiempo se me hizo eterno, no asimilaba lo que sucedía. ¡Oh, pesadilla! Apenas comenzaba lo más horrible.

—Señora, acompáñeme, la vamos a llevar al Cereso de San Miguel.

—Oiga, déjeme avisarle a mi hijo.

—Ahorita nosotros le avisamos, no se preocupe.

Mentirosos, nunca le comunicaron nada. Me subí al carro y tomó camino, prendieron el sonido de patrulla. Salimos por la parte de atrás, pasamos por la entrada principal de la PGR y ahí estaba

mi David. “David, aquí voy”, grité, como si mi hijo me oyera, pero el ruido de los carros y la lluvia que se soltó con polvareda, no dejó que escuchara; qué tontería. Todo el camino fueron burlas mediante claves. Llegamos aquí, al Cereso. Tiene una entrada con un zaguán grande, verde, metálico, corredizo y la imagen de la Virgen de Guadalupe. Un hombre de negro con un libro donde se anotan los ingresos. Ese día, pese a mis nervios, a la primera persona que me encontré aquí, por pura casualidad, fue a un vecino. Le di el teléfono de la casa y le dije:

–Avísele a mi familia que me trasladaron al Cereso de San Miguel, por favor.

–Ahorita mismo me comunico. No se preocupe, yo les aviso.

El pasillo que me traía al área femenina se me hizo eterno, frío. Me sentía flotar, las piernas se me doblaban, tenía la boca seca y con sabor amargo. Ahí conocí a la mujer de negro, la cual me interrogó: “¿Por qué vienes?, ¿tu nombre?”

Ya en la puerta corrediza, metálica y con vidrios, que luego supe llaman “aduana”, otra mujer de negro me pidió de nueva cuenta mis datos. Al terminar vuelve a abrir la mujer de oscuro para ir a la primera oficina de gobierno, donde hay más mujeres de negro. Sentía caerme; no asimilaba lo que me estaba pasando.

Fue el día en el cual solicitaron más veces mis datos.

Pensando que quizá mi vecino no le hubiese avisado a mi familia, le pregunté a la mujer de negro si les podía hablar a mis familiares. Me contestaron que tenía derecho a una llamada telefónica.

Les di el número, marcaron y contestó mi papá: “Papi, me trajeron para el Cereso. Me podrán ver en setenta y dos horas. Por favor, dile a mi mamá que esté tranquila. Les encargo a mis hijos”, yo, llorando.

Fue todo lo que me dejaron decirle.

Me dijeron las reglas del Cereso, me llevaron a Servicio Médico para revisar en qué estado venía, si había sido golpeada; la checan toda a una. Gracias a Dios, no me tocaron. Después me trajeron

al cuarto núm. 1 (Ingresos), donde llegamos la primera vez. Hay camas (literas), son tres, un baño, dos ventanales, una televisión, trastes. Me dieron ropa color *beige*, que en adelante y hasta hoy es mi vestimenta en mi internado; me informaron sobre los horarios, que hay que hablarles a las custodias –como llaman a las personas de negro– con respeto, algunas nos dicen que hay que decirles “oficial”. También contamos con parrillas para calentar nuestros alimentos, tiendas, teléfonos públicos, escuela, biblioteca, capilla, canchas de básquetbol y un salón de usos múltiples, donde se llevan a cabo pláticas de salud y obras de teatro; hay servicio médico, lavaderos y las custodias que nos vigilan las veinticuatro horas. Eso es el Cereso.



Después de mi detención, a las setenta y dos horas, me dieron el auto de formal prisión. Subí a juzgado 4º, donde un notificador me informó: “Señora Edith Gómez Rosas, se le acusa de robo calificado en agravio de la Gasolinera al Día, S.A. de C.V., delito por el cual, por el momento, no tiene derecho a fianza”.

Mi familia buscó un abogado, y fue como si no hubiese tenido nada, ya que es un charlatán que sólo nos tomó el pelo. Les pidió siete mil pesos para cambiar de modalidad mi problema a abuso de confianza, y nos traía de aquí para allá y pedía que esperáramos, que para diciembre estaría en mi casa... No cabe duda de que la inexperiencia en estos asuntos nos hace actuar tontamente, pues por hacerles caso a los dizque licenciados llegué a este lugar. Me aconsejaron mal: “Di esto, di lo otro”, pues ellos son la ley y la justicia y saben lo que hacen, pero, triste realidad, qué ingenuidad, las mentiras siempre llegan a su verdad.

Hoy me arrepiento de las atrocidades que acumulé contra mí misma con las declaraciones forzadas. Quizá logré hundirme, todavía no lo sé, pues estoy en proceso. He solicitado careos y no

se han presentado los que me acusan, pero lo que veo es que todo me señala.

Al otro día de que me dieron orden de formal prisión, me sacaron en la noche a dactiloscopia, a tomarme fotografías, no para una fiesta, una graduación, o como modelo exclusiva, sino para marcarme como delincuente.

Ordenaron: “¡Ponte agua en el cabello!, ¡alísatelo hacia atrás!, ¡quíatate los aretes! ¡Ten este número!, ¡tómalo así! ¡Párate así!, ¡ide perfil “griego”! Luego, ¿altura?, ¿cicatrices en el estómago? y ¡las huellas digitales de las dos manos! Por el nerviosismo manché la hoja y la persona se molestó, eso lo noté en su voz. “¡Lávese usted las manos y séquelas bien. Otra vez le tomaré las huellas!” Rodaron mis lágrimas cuando terminó. Algo de lo que había visto en películas o noticias lo estaba viviendo en carne propia, era de lo más deprimente.

Son las siete y media de la noche del 10 de junio de 2010. “Te doy gracias, Diosito, por otro día más de vida y otro menos en este lugar”, es parte de mi oración diaria al dar gracias al creador antes de dormir, pero hoy me regaló una lluvia exquisita. La naturaleza se está purificando, las plantas se bañan, huele a esa rica tierra mojada. Total, que esta noche me he puesto melancólica, sensible, aunque aquí prisionera físicamente, en espíritu y pensamiento soy libre: he aquí mi amigo el árbol que me acompaña y me recuerda mi ascendencia.



Soy la primogénita de la familia Gómez Rosas, una hija deseada dentro del matrimonio. Mi papi, telegrafista en Ferrocarriles Nacionales de México, trabajaba en la provincia de Parián, Oaxaca. Mi mami es de Emiliano Zapata. A mi papá lo mandaron a Hidalgo a trabajar, ahí le presentaron a mi mamá. La corteja, se enamoran y deciden casarse.

Me dice mi mami: “¿Sabes, hija? Cuando me casé no teníamos nada. Tu papá y yo nos endrogamos en una tienda que le llamaban ‘El Cajón de Ropa’, donde pedimos una cama, estufa de petróleo, mesas, sillas y trastos; cada quincena dábamos un abono. A él no le gustaba esa deuda, pero así pudimos hacernos de nuestras cosas”.

Durante los nueve meses de gestación, mi mamá se enfermó de hepatitis. La familia debió tenerle muchos cuidados en los alimentos, medicinas y aseo personal; pintaba las sábanas de amarillo debido a su mal. El doctor le dijo que tanto ella como yo corríamos peligro.

Pero Dios me concedió nacer el 18 de noviembre de 1964, en Calpulalpan, Tlaxcala; mi madre sufrió mucho, pero dice que al ver a su niña negrita le causó mucha alegría y se le olvidaron los sufrimientos.

Soy una niña bendecida por Dios. Estos padres que me esperaban, no con lujos pero sí con amor, fuera niño o niña, adquirieron una cuna azul de madera, con un conejo blanco pintado.

Después llegaron Silvia, Rocío y Arturo; todos nos llevamos un año de diferencia. Mi infancia fue de juegos con los primos, tardes de lluvia jugando a los encantados, mojándonos, haciendo pastillitos con el lodo, brincando en los charcos, brincando la cuerda, escondidillas o a doña Blanca.

En Navidad, mis abuelos maternos organizaban posadas inolvidables; había piñatas, arrullaban al niño Dios, hacían ponche y ensalada navideña; en las fogatas tronábamos cohetes y oíamos villancicos. Los domingos nos reuníamos y mi abuelita guisaba una rica sopa, frijoles o café de olla, ¡hasta siento que los saboreo!

A mi papá, por trabajar en el ferrocarril, le obsequiaban un pase para viajar en el tren; ése lo utilizaba para llevarnos con mi abuelita Jovita a Parián, Oaxaca, un pueblito muy rústico, con mucha vegetación, variedad de plantas, musgos, árboles frutales y nopales, cantar de pájaros de muchos colores, un río inmenso y el eco del correr sobre los rieles del tren.

El viaje en el *pullman*, con camas, pues viajábamos de noche, nos permitía mirar el cielo estrellado. Al estirar la mano, pensábamos que podíamos alcanzar las estrellas; durante el día, la gente se bañaba o lavaba la ropa en las aguas del río sin importarles el qué dirán.

Cómo extraño esa alegría de mi abuelita paterna y de mis tíos, que nos esperaban, preparando las camas para nuestra llegada, esas ricas picaditas, nopales, frijoles de olla, pozole o unas sabrosas gelatinas cuajadas por el sereno de la noche. En esos días de nuestra niñez, no había malicia y nos bañaban en la llave del agua que estaba junto a la casa de mi abuelita o en el río.

Subir al cerro con un palo en mano, una botella de agua por si nos daba sed, gorra o sombrero de palma, confeccionado o tejido por mi abuelita, hasta llegar arriba y ver el tren y a las personas pequeñas a la distancia, ¡era toda una aventura!



Oír los gritos de los niños, mis primeros palitos y bolitas, conocer los colores, pegar figuras, recortar, bailar, empezar a convivir con los niños, ése fue mi kínder.

“A ver, niños, repitan a, b, c, d...” Las primeras letras en el pizarrón, el que confundía la b con la d al escribirla, mis libros con esa portada azul cielo y una mujer vestida de blanco, sosteniendo la bandera, ¡qué libros tan bonitos!, traían dibujos y ejercicios para hacer la letra manuscrita. Cuando la maestra preguntaba: “¿A quién de ustedes le gustaría participar en un bailable?”, siempre era la primera en levantar la mano. Salí de bastonera, tehuana, indita, y bailé polca norteña; los vestidos los elaboraba mi mamá.

En quinto año se me dificultaron las matemáticas, y en sexto, la maestra Irma tenía preferencia por las niñas güeras. Creo que era racista, pues al querer participar en algo, nunca me elegía esa profesora. Cuando hacíamos algo mal, nos decía: “Bájense los

pantalones”, y nos daba reglazos en las nalgas y todos nos veían los calzones; eso es algo que no olvido. Piensa una que es la forma de enseñar y nunca la acusamos; después, las burlas de los compañeros del salón, pues era mixto. Llegada la hora del recreo, mi mami nos mandaba con mi hermano Arturo unos tacos de huevo con frijoles y café en un envase de refresco; él asistía al colegio por la tarde.

Para estudiar la secundaria, mi papá decidió que fuéramos a la escuela por cooperación El Chamizal, la más cercana. Era una escuela con doce salones; en la mañana, primaria y en la tarde, secundaria.

En primero y en segundo año no se me dificultaron tanto las materias, pero en tercero reprobé matemáticas. Pronto serían los exámenes semestrales e hice una travesura: pedí permiso para ir al baño, y en el bote de la basura, junto a la Dirección, vi algo interesante: la copia del examen de matemáticas correspondiente a nuestro grupo. La guardé bien bajo mi suéter y después le comuniqué a todo el salón que ya sabía lo que venía en el examen. Las compañeras más “cabecitas” lo contestaron e hicimos nuestro acordeón. Llegado el día, que cachan a una compañera. La maestra revisó su papelito y se dio cuenta de que era el examen y la interrogó: “¿De dónde sacaste esto?” Nos observó a todas. “Si no me dices, ite vas a ir sin documentación!” Se puso nerviosa. “Fue Edith.” “¿Cuál Edith?” “Edith Gómez.”

Inmediatamente me dijo: “¡Acompáñame a la Dirección!” Fuimos con la directora, la cual era demasiado estricta, y me interrogó. Se cambió el examen para otro día y reprobé.

Me fui a curso de regularización en vacaciones y otra vez reprobé, por lo que la directora decidió pasarme con 6.5 para entregarme documentación.

Mis materias favoritas eran español y pintura. Participé los tres años en los bailables y tablas rítmicas. En cuanto al deporte, sólo íbamos los sábados a la cancha de la Conelec a canastear varias

compañeras y compañeros. A mi hermana Silvia le benefició jugar básquet, pues era muy chaparrita.

Nos sacaban a marchar. Elegían a quienes participarían en el desfile del 5 de Mayo y a los seleccionados nos sacaban un mes antes de la fecha a practicar con panderos, banderines y banda de guerra.



Chivis, mi hermana, cumpliría quince años. ¿Quiénes serían los chambelanes? Les pidió el favor a dos compañeros y un vecino. Uno me gustaba y nos hicimos novios. Me acompañaba hasta dos esquinas antes de llegar a casa y empezó a despertar a esta mujercita. Me ponía brillo en la boca, perfume debajo de las orejas, me peinaba o vestía coquetamente cuando llevábamos ropa de calle y no el uniforme.

Él tocaba la guitarra, le pedí que me enseñara. Era mi primera clase y no contaba con la autorización de mi papá. Estaba fuera de la casa, sentada en la banqueta, cuando llegó y me llamó. “¡Papá!, ¿me das permiso de aprender a tocar guitarra?” “¡No!” “Pero es que...” “¡Que no!” Salí y le dije a él que no había consentimiento de mi padre y se fue. Esto me costó el noviazgo, pues terminó conmigo y me dolió mucho.

Decidí cursar una carrera corta, para lo cual acudí a la escuela Comercial Domínguez. Tenía que echarle ganas, pues mis padres estaban haciendo un sacrificio. El sueldo de mi papi era modesto; esto sería para mi vida futura: trabajar.

Estudié tres años, Secretariado y Auxiliar de Contador. Nos enseñaron personalidad, cómo atender a las personas si es que estás en una oficina, como comportarse, etcétera.

De las compañeras aprendes cómo fumar, cómo irte de pinta y que me cachan! la primera vez. Le hablaron por teléfono a mi papá para avisarle que no me había presentado a clases. Quedamos

de acuerdo un día antes. Eran los días de la feria en el cerro de Loreto, trajeron los caballos Domecq. Hubo modo y los encargados dijeron que podíamos montar. Me tocó uno color blanco, precioso, quizá fue una hora; a las demás les tocaron caballos de otro color. Cuando nos bajamos, nos dolía entre las piernas, pero después de todo, fue una experiencia inolvidable, pues los enseñan a bailar, a saludar, ¡no cabe duda de que son animales inteligentes!

Pero ¿qué tal cuando llegué a mi casa? Me regañó mi papá. Primero me preguntó: “¿Qué tal te fue en la escuela?” “Bien.” “¿Qué hiciste hoy? A ver, enséñame.”

¡No sabía qué hacer! Me puse nerviosa, me cayó en la mentira. Jamás me volví a ir de pinta en horario de clases. A mi mami le decía que me habían dejado tarea de investigación y acudía en las tardes. ¡Nos íbamos al cine, a casa de alguna compañera o a escuchar música! También solíamos ir a las tiendas a ver las cháraras, ropa...

En tercer año se presentó la oportunidad de tener mi primer trabajo por las tardes en un bufete jurídico, me serviría de práctica. Mi sueldo semanal no era mucho, pero junté para algo de mis gastos de graduación, como mi anillo; mis padres y mi tía pagaron el vestuario y la misa.

No obtuve muy buenas calificaciones. El día de la graduación la misa estuvo preciosa, arreglaron la iglesia con muchas flores blancas, llegaron mariachis, bendijeron los anillos y escuchamos las palabras del sacerdote, algo que te invade de alegría. Solamente fue un grupo de mujeres; la toga y el birrete *beige* con azul cielo, mi peinado de caireles y maquillada por mi mamá. Solamente celebramos con una comida en la casa; fue algo familiar.



Después pasó el tiempo y tuve varios trabajos: en un laboratorio fotográfico, Foto Contino, y en la constructora Lerin y Asociados.

Mi papá, al trabajar en Ferrocarriles de México, tenía derecho de meter a sus hijos, por lo que me planteó que había la oportunidad, pues hacía falta personal. Tenía que irme a preparar al Instituto de Capacitación Ferrocarrilera, a México, D.F. El lugar se ubicaba en Buenavista.

Ni corta ni perezosa di las gracias al ingeniero Roberto Vega, dueño de la Constructora. “Edith, ¡pero si aquí has aprendido mucho! Y tu sueldo no está mal.” “No es por eso, ingeniero, pero voy aprovechar esta oportunidad.”

Nos fuimos mi papá y yo. Él me enseñó dónde bajarme del autobús, en aeropuerto, y pude ver esos animalotes metálicos con alas. Me sorprendían el metro, tanta gente, el correr, los empujones. Mi primera separación familiar, la bendición de mi mamá, el extrañar a mis hermanos.

Mis tíos me dieron hospedaje. Vivían por la basílica, quedaba cerca de la escuela. Entraba a las ocho de la mañana; si llegaba tarde, no me dejaban entrar. Me daba miedo, había mucha gente. Mi llegada fue días después del 19 de septiembre de 1985. Ver esas imágenes en televisión era doloroso, yo las viví en imágenes reales. El edificio de Tlatelolco con los vidrios rotos, su columna de lado, más edificios, casas, carros aplastados... se quebrantaba el corazón.

Aprendí el ir y venir de México a Puebla. Iba cada quince días; dilató la preparación unos cuatro meses.

Los compañeros proveníamos de diferentes lados: Guadalajara, Querétaro, Veracruz, etcétera.

Nos hicieron un examen para ver si estábamos aptos para desempeñar las labores correspondientes. Nos dieron un documento donde se leía: “Sí apto”, y lo firmaba el director para que se presentara una en el Sindicato de Ferrocarriles Nacionales de México, con fotografías tamaño diploma, sin maquillaje, blanco y negro, con el pelo alisado hacia atrás. Los primeros días fueron de práctica, conocer los diferentes tipos de puestos que había,

pues a donde se presentara la primera oportunidad, asentabas el escalafón (primer día de trabajo). Fichero. 23 de diciembre de 1986, checaba al personal de casa de máquinas y talleres de diesel; entraban a las doce, había reloj checador y se entregaban tarjetas personales con un número de identificación. Al otro día era 24, por lo que me tocó convivir con el personal. Ya para Navidad hicieron carnes asadas, ensaladas, salsas, y hubo refrescos, fue de esos días en que extrañé Nochebuena en casa, pero estaba contenta, ya era ferrocarrilera. Me bautizaron con los sobrenombres de *Lucerito o Niña*, pues los compañeros eran personas mayores.

También desempeñé los puestos de mensajera, archivera, primera empleada de contabilidad, empleada de materiales.

Recibí instrucciones del contador de división para trasladarme a la ciudad de Querétaro, pues nos sería asignada una labor: sacar identificación del personal activo y jubilado.

Nos mostraron cómo utilizar la cámara fotográfica. Primero se llenaban unos formatos con el logotipo de ferrocarriles y el nombre. A la hora de tomar la foto, se ponía una tela de fondo; de acuerdo con el color era el área a la que correspondían los trabajadores o jubilados.

Si el jubilado ya no podía ir por la edad avanzada o alguna enfermedad, sus familiares acudían a nosotros llevando su dirección. Nos trasladábamos en una camioneta de la empresa a sus casas con cámara y máquina de escribir, papelería y demás. Allí, en silla de ruedas, con bastón o postrados en una cama, en las condiciones en que se encontrara la persona, así se les sacaba la fotografía.

Esta labor se desempeñó de Puebla a Oaxaca y de Puebla a México, vía Cuautla, Morelos.

Mi compañera Alejandra y yo tuvimos la oportunidad de viajar en tren. Nos asignaron un cabús que fue acondicionado con estufa, baño, cama e instalación eléctrica; las puertas cerraban bien e iba enganchado hasta atrás del tren. No todo era trabajo. Al

acabar nuestro turno nos gustaba conocer, si es que había, alguna zona turística.

Los compañeros trenistas nos invitaron a conocer la cabina de la máquina diesel. Subimos, es un lugar frío, cuenta con una consola con muchos botones, la palanca del silbato y la caja negra, donde se graba si hay un accidente. El ir al frente llevando carga y la velocidad que se utiliza da un miedo bárbaro.

En Tehuacán, estando en la estación, me encontré al pagador. Bajé a saludarlo, platicamos un rato, pero como andaba en chanclas, no me percaté del piquete de una hormiga, lo cual me provocó hinchazón y temperatura. Acudí a una clínica del Seguro Social, me aplicaron una inyección; la reacción consistía en mareos y fiebre. Pensé que si no cedía la fiebre, me regresaría a Puebla, pero gracias a Dios no fue así; al otro día en la tarde ya estaba mejor.

Me di cuenta de que hay gente humilde y sencilla de gran corazón.

La empresa nos brindaba cursos de capacitación en contabilidad ferrocarrilera, autoestima, simulacros en caso de sismo y prácticas de acuerdo con el trabajo que fueras a desempeñar, pues era por niveles y antigüedad.

Mucho de lo que agradezco a este trabajo es que contaba con todas las prestaciones: Seguro Social, Infonavit, aguinaldo, vacaciones y canasta básica.

Nos daban, para festejar el día del ferrocarrilero, el 7 de noviembre, el Día del Trabajo, Navidad, Día de Muertos, cumpleaños y el 12 de diciembre. ¡Ah!, y el Día del Niño. Son detalles que no olvido, pues el Departamento de Servicios Especiales me envió una muñeca de las que la cabeza, pies y manos son de imitación carne, el cuerpo de manta con relleno; con un vestido esponjado rosa a cuadros, sombrero, envuelta para regalo con globos, confeti y su dedicatoria: “Para la niña más linda, a la cual queremos tanto, tus amigos de Servicios Especiales. ¡Feliz Día del Niño!”

Diciembre. El ingeniero residente del Departamento de Vía me obsequió, en agradecimiento, una grabadora, ya que sus cheques de viáticos siempre salían puntuales. Algo de lo que también esperábamos en estas fechas era una despensa, o en su lugar nos daban dos pavos precocidos por persona, los cuales se rellenaban al gusto para compartirlos con la familia, pero como eran seis pavos, los de mi papá, los de mi hermana y los míos, obsequiábamos varios a mis tíos o a algún vecino.

Mis abuelos materno y paterno, tíos, hermana y padre, fuimos ferrocarrileros, y yo permanecí en el trabajo trece años; cuando vino la triste noticia que nos liquidarían a todos, pues venderían Ferrocarriles Nacionales. Nadie quería firmar su liquidación, pero ya era un hecho, no había marcha atrás.



Ahí, en ese ambiente, fue donde conocí a David Rey. Salí a entregar documentación al segundo piso, había que subir unas escaleras y bajaban varios chicos de la escuela de capacitación. Fue algo especial, mágico; esa mirada coqueta me puso nerviosa. Los días transcurrieron. Me tocó ir a la escuela de capacitación, estaban en clase y ahí estaba él; entré al salón, saludé, me sonrojé, me dijeron un piropo, alguien preguntó mi nombre al profesor Víctor: “Que cómo te llamas”, contesté “¡Edith!” y me retiré. ¡Oh, qué felicidad!

Varias veces coincidimos, hasta que esa amistad se fue convirtiendo en noviazgo. Linda época el enamoramiento, una ilusión conocer a tu príncipe azul, cuando el amor es alegría y la desilusión tristeza. Lo acompañé varias veces a la Universidad Autónoma de Puebla, donde estaba estudiando Administración de Empresas, y también a verlo jugar fútbol. El gran amor que sentía era tan único que, sin pensarlo, me entregué a él. Fue una entrega incondicional, de ésas en que das todo y no pides nada a cambio.

Esa bella experiencia no fue planeada, surgió en ese momento y, en un arranque de deseo, decidimos ir a un lugar para estar solos, sin el bullicio de la gente. Llegamos, había nervios, nos dijimos con besos, miradas y caricias que nos amábamos.

Sentí su respirar y nuestras palpitaciones muy aceleradas, el recorrer de nuestras manos y piel. Los dos desnudos, sin complejos, nos dejamos llevar. Esas palabras al oído, el exquisito olor a sexo, esa excitación al sentir sus brazos rodeando mi cintura, nuestros cuerpos húmedos, goteo de sudor como el mojar las hojas al comienzo de la lluvia y el rocío.

Nunca hablamos de las consecuencias. Síntomas raros: ascos, agruras, el olor de la comida era insoportable, al cepillarme los dientes la pasta me daba asco, tenía mareos. En una ocasión caí de rodillas y me sangraron, me quedaron cicatrices; todo nuevo y raro en mí. ¿Qué me sucede? Se retrasó mi menstruación y yo ini en cuenta!

Decidí ir a ver al doctor Abraham y consultarlo. Cuando me exploró el vientre, se sentía voluminoso y a los pechos les salía calostro; el pezón tenía un color café oscuro y extendido. Me elaboró una orden de laboratorio y, a escondidas de mis padres, acudí a la mañana siguiente, en ayunas, a un laboratorio. Me sacaron sangre y me dieron un frasco para la orina. Al otro día recogí los resultados, todo eran nervios...

Abrí el sobre. Decía: “Positivo a embarazo”. ¡Qué ingenuidad! Veinticuatro años de edad y yo preguntando: “Señorita, eso ¿qué quiere decir?” “¡Felicidades, va a ser mamá!” ¡Qué, qué! No sabía si gritar. Después me dio por llorar y reírme. ¡Lo que se avecinaba! Cómo decirles a mis papás que serían abuelos, pues el tiempo que tenía era de dos meses y medio.

Primero hablé con Dios respecto a este hermoso y bendito regalo de la vida; después con mi confidente, mi hermana Silvia, la cual lloró conmigo y me regañó: “Te hubieses cuidado, Edith, con el sexo no se juega”.

No debía dejar pasar más tiempo, pues esa pancita y los vómitos no se podían ocultar.

Lo planeé, llamé a mis padrinos de bautizo y primera comunión y les comenté la noticia, por lo que un sábado llegaron, lo que les cayó de extraño a mis papás.

—¿Saben, compadres?, no queremos que se enojen con *la Negrita*, pero van a ser abuelos.

Mi papá, de momento, se molestó demasiado. Llorando, los dos me dijeron que había abusado de su confianza.

Sabían de mi noviazgo con David, por lo cual no hubo más cuestionamientos; con el tiempo ese enojo se convirtió en alegría y planes.

La que se enceló mucho fue mi hermana Vero; desde pequeña era consentida por todos nosotros, yo le preparaba su mami-la, dormía conmigo, pero tenía un mal dormir, estiraba los pies o me los ponía en el vientre, por lo que decidí dormir sola y se sintió no querida; me dijo: “Cuando nazca ese bebé me voy a ir de la casa”.

David, al recibir la noticia, sintió mucha alegría, aunque dijo: “Pero es que no tengo un trabajo, todavía estoy estudiando”, por lo que decidí afrontar mi maternidad sola con apoyo de mi familia.

A los cuatro meses tuve dolores fuertes y un sangrado leve. Acudí inmediatamente al médico, me aplicó una inyección y me mandó reposo absoluto. Estuve incapacitada quince días, no tenía que hacer movimientos bruscos y permanecí en cama mimada, consentida por mis padres y hermanos.

Mi hermana Rocío me prestó un libro sobre el desarrollo del bebé, me daba consejos: que no me rascara el vientre, baño diario, comida con poca sal.

Acudía a mi chequeo cada mes a la clínica seis de Plaza San Pedro. La doctora me medía el vientre, me daba ácido fólico para fortalecer los huesos y me puso el estetoscopio para que oyera y sintiera el latido del corazón de ese angelito que se estaba formando

en mi vientre. Me tocaba la panza y platicaba: “¿Qué serás?, ¿niño o niña? ¿Sabes, mi amor? No sé qué seas, pero te amo mucho”.



Los compañeros de trabajo me mimaban. Marco Antonio hacía deporte en el Alpha y todos los días acudía a la salida para tomar el camión; en una esquina había una señora que vendía tamales y atole, por lo que se hizo costumbre y era parte de mi desayuno.

Miguel Ángel, Kique, Adolfo, Minerva y Blanca me armaron una canastilla con biberones, pañales, portabebé, talco, ropa y sarapes. Un día, de forma inesperada, llegaron a casa a dejar sus regalos, deseándome lo mejor, que no tuviera miedo y que me mantuviese tranquila.

Esas batas de maternidad que al ponérmelas sentía exageradas, al ir pasando los días se iban llenando del vientre; a mis padres y hermanos les gustaba sentir cómo el bebé daba pataditas, me acariciaban la panza, yo no tomaba frío, por él tomaba bastante agua.

Mi papi me animaba a salir a caminar por las tardes, pues así sería más rápido su nacimiento; la futura abuela se puso a tejer chambritas, zapatos, gorros para el nieto.

Me extendieron mi incapacidad, y llegó la hora del alumbramiento. Es el 8 de diciembre, once de la mañana. Entro al baño a hacer pipí y veo mucosidad con rasgos de sangre. Empiezo a sentir dolores muy seguidos, le aviso a mi mamá e inmediatamente voy a ver al médico. Me revisa haciéndome el tacto y dice que ya se rompió la fuente: “¿Sabes, Edith? Llegó el momento esperado, pero tranquila, por favor, estarás aliviándote mañana”.

Me fui a casa. Los dolores son más continuos y fuertes, por lo que mi hermana Rocío me dijo: “Vámonos a San Alejandro, no sea que se te pase el tiempo”.

Son las diez de la noche. Mi mamá, muy nerviosa, me da la bendición. Tomamos un taxi, llegamos a urgencias y ahí me vuelven a

hacer el tacto. Me llaman la atención: “¿Por qué hasta ahorita si la cabeza del bebé ya se asoma?” Me envían a labor, ya no debía caminar, me llevan en silla de ruedas, comienza la temblorina de quijada y manos.

Esas batas azules que se amarran de atrás, esos olores raros, coágulos de sangre. Esas voces de las mujeres de blanco que ven muchas alegrías y tristezas, que se tienen que hacer fuertes, dejando los problemas en su casa y dándonos ánimo... “Quítese toda la ropa” “¿También los calzones?” “Todo, y póngase esta bata. Súbase ahí, descúbrase...” Me rapan el vello púbico, pues iba a ser parto normal. Qué práctica tiene la enfermera, tal parece que con el rastrillo está pelando cualquier cosa, pensé que me cortaría.

Éramos unas quince señoras quejándonos. Las primerizas gritando; otras, tranquilas, pasan cada quince minutos a hacerme el tacto.

“Doctor, pero si acaba de pasar”, total, que a partir de las once y media de la noche lo mismo, contracciones y tacto.

El 9 de diciembre, a las cinco de la tarde, mi cuello no abre. Ese nerviosismo, “la cabecita de su niño vuelve a subir, él sufre, la necesito tranquila”. Esas palabras... “no puede seguir, le pondré un suero para que le provoque dilatación”. Transcurrieron treinta minutos y, cuando vino la contracción muy fuerte, el cuello tenía la dilatación debida. Inmediatamente los camilleros me pasaron a sala de expulsión. Me encomendé a Diosito, le pedí que nos sacara con bien a los dos. Sentí miedo a ese milagro de una nueva vida.

Ese lugar con mucha luz, aparatos, báscula, reloj de pared, instrumental, un Cristo; me asistía una enfermera pediatra y la doctora.

La plancha está muy fría; póngase en posición fetal; con esa jeringa me aplicaron la raquia e inmediatamente sentí cómo se adormecía de la cintura para abajo; la contracción: “¡Puje, señora!”... Sentir cómo se abría mi pelvis, ver cómo la cabeza del bebé

quedaba atorada, lo cual lo estaba lastimando. La doctora dijo: “Sacarlo con fórceps”, pensé que podría deformar su cráneo, pregunté si podría haber otra opción: “Le rasgaré para que dé de sí, pues está muy estrecha”.

Las cinco cuarenta de la tarde: al momento sentí el tijeretazo. Sacaron a este nuevo ser lleno de sangre, ese cuerpecito como gelatina, pero la vida es tan hermosa que, de pronto, como por arte de magia, al recibir el aire ya fuera de mí, se puso duro. Cortaron el cordón umbilical, ese lazo que nos unió durante nueve meses, y salía el líquido amniótico.

Lo vi por primera vez, sus ojitos hinchados, oí su primer llanto, me lo pusieron en el pecho, lo examiné. Sí, estaba completo, y qué sexo era, un niño.

En ese momento no me importaron esos dolores físicos. Sentía la mano de la doctora cómo terminaba de limpiar mi matriz, me echó un líquido verde con el cual enjuagaba y maniobraba sacando todo hasta dejar limpio; puso unos quince puntos que llegaban al ano.

Con un paño especial limpiaron a mi niño, lo pesaron, amarraron su ombligo, lo vistieron y peinaron, y me lo volvieron a dar. ¡Verdad que es guapo!

Tuvo su primera pulsera con mi número de afiliación, fecha y hora de nacido. Nos pasaron a recuperación. Rocío lloraba de alegría; su primer sobrino.

Como ella labora en el hospital, acostumbran que a quien asista a la mamá le piden pastel y refrescos.

Son las siete treinta de la mañana del 10 de diciembre. Me levantaron a caminar y a bañarme. El desayuno fue gelatina, atole y un sándwich. Me llevaron a mi hijo para que lo amamantara. Ahí junto estaban los cuneros, eran unos quince angelitos hermosos.

En esta vivencia me doy cuenta de que sí duele traer un hijo al mundo, de que es algo que cambia tu vida y de qué tan valioso es el amor de la madre a un hijo.

Como a las diez y media de la mañana me dieron de alta. Mi mami llegó con la pañalera. La abuela ya esperaba al nieto allá afuera, también lloraba de gusto. Llegamos a casa, nos recibieron con mucha alegría; no cabían de contentos.

Transcurrió una semana. Tocaron a la puerta, era David Rey, deseaba saber si ya había nacido su hijo, lo quería conocer. Platicamos sin querer retroceder al pasado, después decidimos ir a registrarlo con el nombre de David Rey Bretón Gómez.

Siete años después conocí a Pedro en la Regional Sureste de Veracruz, Departamento de Contabilidad. Nuestra comunicación era muy continua. A mi jefe lo iban a jubilar, por lo que a Pedro le hicieron la propuesta de ser el contador de la División Puebla. Aceptó.

El trato diario y convivir demasiado hicieron que nos sintiéramos atraídos por lo que... y embarazo seguro. Eso sucedió a los dos meses y volví a presentar los mismos síntomas de la vez anterior.

Tuvieron que pasar años para que comenzara otra vez esa linda experiencia: pañales, biberones... el proceso fue hermoso. Lo viví con mucha más serenidad, aunque con gran expectativa.

Un domingo, mientras desayunábamos, les dije a mis padres que me perdonaran, que estaba embarazada y sabía que no era una gracia, pero que no podía seguir ocultándolo.

Mi hermosa niña nació el 29 de mayo de 1998 a las ocho de la mañana. Tenía mucho pelo y dos dientes. Su nombre es Maritza.



A mis dos tesoros:

Saben, hijos, que ustedes para mí son la vida, mi alegría, Dios me los mandó para tener por quién luchar cada día, los amaré por siempre.



Al encontrarme desempleada, la comadre de mi hermana Rocío fue a verme, pues hacía falta personal de oficina en la gasolinera. Era para cubrir descansos.

Mónica me instruyó en las funciones: manejo de máquina de bombeo de gasolina, corte de caja por turno, facturación, etcétera.

Dilaté un año en Cholula, Puebla, cuando fui cambiada a Plaza Dorada con Miriam, hermana de Mónica. El haber aprendido hizo que Miriam, al ver mi desenvolvimiento, no se preocupara y muchas veces me dejara sola. Sacaba el trabajo, en algunas ocasiones con nervios, como cuando llegaba Profeco, o la buscaba el dueño de la empresa, o había que hacer el balance de fin de mes.

Contaba con mis prestaciones y, si necesitaba algún permiso, no me era negado. Necesitaban mi trabajo.

Algunas cosas raras empezaron a suceder. Comenzó a haber faltantes; los días de mis descansos desaparecían vales. ¡Cómo no acordarme! Cuando Miriam ya se iba de permiso de maternidad, pues se acercaba la fecha, había un faltante de 7500 pesos. Le sugerí que deberíamos informarle al dueño sobre la desaparición del dinero, pero se molestó:

–No digas nada o te quedarás sin trabajo –me dijo.

La situación se repitió durante la ausencia de mi compañera, quien regresó tras haber dado a luz una niña.

Cronología de los hechos:

11 de octubre de 2002

Mi turno transcurrió normalmente, aunque Miriam, a la hora del corte de venta de gasolina, que era a las cuatro de la tarde, tuvo que ausentarse. Dijo que se había enfermado su hija, por lo que Luz Elena hizo el corte; en ese momento salí a hacer un cobro a Lubricantes Poblanos. Regresé como a los veinte minutos, pues el negocio se encontraba cerrado. Para esto, Luz ya había terminado de guardar el dinero en la bolsa del Panamericano.

12 de octubre de 2002

Mientras preparaba el desayuno para consentir a mis tesoros en el día de mi descanso, sonó el teléfono. Miriam me pregunta si no había habido algún problema.

—No te preocupes, no hubo nada —le dije.

—Bueno, nos vemos el lunes... —contestó.

Como a los cinco minutos volvió a sonar el teléfono y Miriam, espantada, me dice:

—Oye, Edith, el corte de ayer ¿dónde lo dejaron?

—¿Cómo que dónde lo dejaron? Ahí se quedó, en la maroma.

—No está, así que necesito que te presentes en la oficina.

Inmediatamente acudí a la oficina. El que nada debe, nada teme, pensé. Al llegar, Miriam ya había jalado cajas, cajones, archivero y estaba exaltada. Me mostró la boleta del servicio Panamericano. En la parte de arriba, del lado izquierdo, estaba anexada la firma, pero había sido rasgada de su lugar y engrapada en el documento, invalidando la existencia del dinero.

Para hacer la recolección de dinero, los del servicio Panamericano abren la maroma, sacan el dinero y tienen que ver físicamente el dinero. Tras cerciorarse de los contenidos, se checan las boletas y se firman los envíos.

Se hicieron las investigaciones pertinentes por parte de la empresa y se creó mucho caos en la gasolinera. Unos a otros se echaban la culpa. El caso es que el dinero no apareció y varias empleadas resultamos despedidas a causa de esta situación.

Otra vez sin trabajo, y muy enojada por sentirme injustificada-mente despedida, pues ni robé dinero ni supe nunca quién lo hizo, me dejé aconsejar por un abogado. Él me sugirió demandar a la empresa por despido ante los tribunales correspondientes. Ignorante y tonta, le hice caso.

Al curso de la demanda, la empresa procedió en mi contra por robo, aunque para ello tuvieron que pasar cuatro años y ocho meses para que fuera detenida.

Me detuvieron por ese faltante, sin deberla, pues mi costumbre nunca ha sido tomar lo ajeno. Estoy en mi proceso. El tiempo que tengo aquí, en el Cereso, es de tres años, cinco meses. He tenido cuatro abogados. Solicité careos con Miriam y los dueños de la empresa; jamás acudieron. Solicité el juicio sumario y el juez no lo aceptó; opté por pedir mi sentencia. Le pido a Dios que me haga justicia y me den lo que crean justo. La otra compañera que entró conmigo fue liberada casi inmediatamente. Creo que mi error fue confiar en que tenía derecho a una indemnización laboral.

El 21 de enero de 2011 me dieron vista de sentencia. El notificador me dijo que en veinte días hábiles llegará la sentencia. Ahora todo es angustia y nervios. Me quedo o me voy.

Me da mucha nostalgia y tristeza estar separada físicamente de mis hijos y familia. Al ver el amanecer de un día más, al despertar, al ver mi árbol amigo tras mi ventanal, recuerdo que allá, en casa, otro amigo frondoso al que siempre lo acompaña una melodía hermosísima interpretada por un coro de pájaros y el bailoteo de las ramas, me espera también. Se encuentra a la entrada de la casa, dando sombra a un patio pequeño donde convivimos. En alguna reunión familiar se vestía de felicidad como ahora en mi ausencia seguramente lo hace de tristeza. Bajo sus ramas festejamos la primera comunión de Mary y sus primos, así como el 12 de diciembre nos acompañó a arreglar el altar de la Virgen de Guadalupe.

Este tropiezo me ha dado gran oportunidad para ser una mejor persona. Si hago un recuento de mis heridas, no importa de qué tipo sean, me doy cuenta de que la etapa más difícil fue salir adelante, encontrar un nuevo camino, dejar atrás el dolor y aprender a vivir nuevamente, a retomar y respirar aire para intentar ver un rayito de luz, cambiar mi estado de ánimo, todo eso contando con el amor de Dios que da esa fortaleza, el de mis hijos y mi familia y el de los que me rodean.

No me siento sola, pues este lugar me ha fortalecido, me ha dado la oportunidad de darme cuenta de mi inmadurez y de mis

debilidades, de que todo problema tiene solución menos la muerte, y de que el camino es amar al prójimo, no juzgar, valorar la vida y no cosas materiales.

Aprendí a valorar a mi familia, pues desde que estoy aquí, desde mi primer día aquí, no me han faltado su apoyo y apapachos.

El dejar a mis hijos y saber que mis padres y hermanos ven por ellos es un privilegio que Dios me manda. Aquí te das cuenta de quién te ama en las buenas y en las malas. He llegado a conocer personas con un gran corazón, como lo son Mati y Delfis, mujeres que me escuchan, me aconsejan y ven con realidad las páginas de la vida.

Y que esto no es una cárcel, es una escuela, pues si quieres superarte hay primaria, secundaria y cursos. Aprendí danza folclórica, tejido, pintura en tela, terapias de psicología, coro, guitarra, a entender la Palabra de Dios, la Biblia, teatro, pero lo que más he vivido profundamente es recordar y plasmar en unas hojas cosas que quizá ya había olvidado, todo en mi clase de autobiografía, por la cual doy gracias, pues recordar es volver a vivir.

20 febrero 2011

Gracias, Diosito, por permitirme abrir mis ojos, admirar esta luna y lugares hermosos, velas, esos hermosos sueños. Mil gracias porque mi familia y compañeras estamos bien. Mil, mil gracias.

Me bañé y preparé para escuchar la homilía de este domingo. A las diez quince de la mañana desayuno. “Edith Gómez, a gobierno.” Me dirijo hacia allá. “Torre, paso a gobierno.”

“Va usted a salir a notificación”; inmediatamente mis nervios hacen tambalear mis piernas, mi corazón se acelera a mil por hora...

En mi mente: “Diosito lindo, tanta espera, por fin”.

Veo al notificador “¿Oró usted mucho? Dios la escuchó: sentencia absolutoria. Lo malo es que ya apeló el Ministerio Público y hay que esperar”. Me solté a llorar, no lo podía creer.

Si todo sale bien, que así será, saldré libre y limpia en unos meses. ¡Alabado sea el Señor!



Estas páginas de recuerdos alegres y tristes me costaron mucho trabajo y demasiadas lágrimas. Al escribir sufrí mucho, fue como volver a vivir todo en tan solo tres años, mismos que llevo en este taller de autobiografía. Me pasé más de dos sin poder escribir casi nada, pero lo logré. Aprendí que recordar y escribir ayudan a sanar el alma.

Centro de Readaptación Social de San Miguel
Puebla, Puebla